

La calle para el martes 11 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Julieta y Elena
por miguel ángel granados chapa

Los caminos de Julieta Campos, muerta el miércoles pasado, y el de Elena Poniatowska, viva hasta 120 años conforme la fórmula de los judíos (que mañana, por cierto, celebran el Rosh Hashaná, su año nuevo, el 5768) para desear larga vida, fueron cercanos y se juntaron varias veces. De modo que se comprende que Elena haya escrito un sincero y profundo responso sobre la autora de *La fuerza del destino* honrando así su amistad:

“Lúcida, luchó hasta lo último. Había entrado a su ‘jardín de invierno’, aunque su casa tuviera los cristales de colores y la luminosidad de su natal La Habana. Entre los muebles blancos, todo era refinamiento, dulzura, levedad. Julieta parecía un cuadro de Joy Laville: apenas unas cuantas pinceladas precisas y cautivadoras y ya está. Le gustaba esa pintora, se identificaba con ella. En su casa, uno podía sentarse en una mecedora e imaginarse frente al mar. Con razón uno de sus libros se llama *El lujo del sol*. Ella misma tenía algo de palmera y de flor, de cortina que vuela y pretende escapar por la ventana”

Elena vino a México de París. Se dirá que así ocurre con todos los niños, transportados por una cigüeña. Pero en su caso el viaje fue estrictamente cierto. En su juventud llegó a México, como unos años después haría Julieta, desde su isla antillana. Apenas iniciada su estancia mexicana, Julieta la interrumpió para ir a París, de donde Elena había venido. En La Sorbona, cuando era la sede única de la Universidad de París, hoy dispersa en toda Francia, Julieta prolongó los estudios de filosofía y letras que había iniciado en Cuba. Este espectador ignora si vivió entonces en la Casa de México en la Ciudad universitaria parisiense o si estaba allí sólo de visita cuando en ese lugar la conoció y se enamoró de ella Enrique González Pedrero, un joven abogado que había ido, como varios de sus contemporáneos, en busca de la ebullición intelectual y política de la IV república francesa, surgida de la Segunda guerra mundial y que apenas vivía su segunda década,

Por esos años, Elena vio publicado su primer libro, *Lilas Kikus*, dentro de la colección llamada *Los presentes*, animada por Juan José Arreola, donde también hicieron su debut Ricardo Garibay y Carlos Fuentes, aquel con el relato titulado *Mazamitla*, este con *Los días enmascarados*. Muchos años después, Julieta invitó a Elena a recibir “una sorpresa”. González Pedrero era por entonces, 1988, gobernador de Tabasco y Julieta, su esposa, había tomado un papel activo en la promoción de las comunidades indígenas. Uno de los modos de hacerlo fue implantar el Laboratorio de arte indígena y campesino creado por María Alicia Martínez Medrano, que con multitud de participantes, ninguno profesional del teatro, realizaba en el pueblo de Oxolotán montajes de obras de García Lorca, como *Bodas de sangre*. La sorpresa anunciada por Julieta la asombró, al “ver cómo bajaban de una colina 500 niñas y niños quienes gritaban al unísono ‘Yo soy Lilus Kikus’”. Este espectáculo ha sido una de las grandes emociones de mi vida. Toda la población participó gracias a la autoridad persuasiva de María Alicia, que convenció a la dueña de la tortillería, al cantinero, al panadero, de que podían transformarse a sí mismos durante unas horas”.

Ya cerca de la muerte, Julieta “se puso a escribir lo que sería su último libro. Pionera en la traducción y en la crítica literaria, dedicó su vida a Enrique, a Emiliano, a la literatura, a sus amigos y al Oficio de leer, como ella misma tituló el ensayo en el que afirma que ‘escribir y leer son dos extremos de un mismo movimiento hacia la apertura y el encuentro. Son actos de amor y reconocimiento’”.

Ambas pertenecieron al Pen Club internacional, la asociación de escritores de que Julieta fue presidenta, según veremos.